

LO FEMENINO Y LO EROTICO: DOS CUESTIONES DE COMPLICIDAD EN EL PENSAMIENTO DE UN FILÓSOFO DEL AMOR.

Alba Gicela Jaramillo Eusse
Albagicelaje@hotmail.com

*¿Que se murió aquella Julia del Viaje a pie?...Todos los de Viaje a pie son eternos. En ese viaje, se detuvo el tiempo y entramos en la eternidad. En fin, ¿cuándo se ha intensificado tanto la emoción, como durante ese viaje de filósofos aficionados, de alpargatas y bordones, que veían la eternidad en los sietecueros y en las flores moradas del amarraboyo? (carta a don Benjamín Correa F, 1934).
González, F. (1935). Cartas a Estanislao.*

Resumen

En este artículo se expone en primera instancia, la transacción de un viaje a pie a un viaje interior en el enlace de las pasiones y las ideas de un filósofo aficionado, que referencia la experiencia de libertad en el camino, y que se orienta hacia la comprensión del hombre y su mundo. Se destaca también la concepción del amor como la filosofía de vida del viajero, para quien nada antecede al amor, adquiriendo forma en las ideas desde la perspectiva de lo bello, lo erótico y lo femenino. En estos términos, se pretende demostrar la complicidad existente entre lo femenino y lo erótico en la configuración del pensamiento de un filósofo del amor.

Palabras clave

Viaje, ideas, filósofo, amor, lo erótico, lo femenino.

Abstract

This article is exposed in the first instance, the transit of a walking trip to an inner journey on the link passions and ideas of an amateur referred the experience of freedom in the way philosopher, and that is oriented toward understanding man and his world. The conception of love as the philosophy of life of the traveler, for whom nothing precedes love, also stands out, taking shape in ideas from the perspective of the beautiful, the erotic and the feminine. In these terms, it is intended to demonstrate the complicity between the feminine and erotic in shaping the thought of a philosopher of love.

Key words:

Travel, ideas, philosopher, love, it erotic, it female.

1. Contextualización del viaje

Fernando González y su compañero don Benjamín Correa, emprenden un viaje a pie durante veintiocho días desde el municipio de Envigado hasta la ciudad de Buenaventura. Cortos de equipaje, con solo morrales y bordones, los caminantes aventureros atraviesan las montañas antioqueñas conducidos por caminos de herradura, a su paso se detienen en pequeños poblados en donde los diferentes sucesos y encuentros con personajes de tan variada gama como lo es el mismo paisaje, que permite agilizar los pensamientos de los dos viajeros poco comunes, mezclando el camino con las pasiones y con las ideas que van consignando en sus libretas de apuntes; estas notas son las que dan forma a un relato de viaje que pertenece a la tercera década del S. XX al que su autor, Fernando González Ochoa, escritor y filósofo antioqueño quiso llamar “viaje a pie de dos filósofos aficionados” y que finalmente se publica con el sencillo título de *Viaje a pie*. A este relato, que se debate entre el camino y el pensamiento, se dedican las siguientes páginas de este artículo.

1.1 De un viaje a pie, a un viaje interior:

Estos dos hombres salen de su terruño, “abandonan sus lechos, esos lugares confortables en donde han experimentado sus mejores lucubraciones” (González, 1995: 2), pero no se limitan a un acto de desarraigo ciudadano ni a un sacrificio corporal representado en la acción de caminar; este viaje es ante todo una experiencia “para desencarcelar el yo prisionero en casa cerrada e ir abriendo miradas y salidas al mundo...con fines interiores” (p.6).

Coincide la idea de viaje de los caminantes, con la definición que hace Tzvetan Todorov, en su obra *Las morales de la historia* (1993) “El desplazamiento físico lo hace para la mutación interior. Todo es viaje, pero se trata de un todo sin identidad” (p. 91); es decir, que el viaje exterior, el acto de caminar, de movilizarse, es una metaforización del viaje interior; en palabras de Gonzalo Arango puestas para el prólogo del *Viaje a pie*, se refiere a que “En esencia, se trata de un viaje alrededor del mundo de Fernando González”. (1967).

De acuerdo con lo anterior, y para el análisis de la obra en cuestión, es relevante tener en cuenta que más allá de la descripción expresa de paisajes, montañas, pueblos y ciudades recorridas, se da primacía a una extensa lista de ideas que salen a la luz a través de la unión entre el viaje y el pensamiento, pues su coprotagonista don Benjamín, es un compañero de viaje con características especiales y compartidas: viajero y filósofo amante; así, los dos, son amigos del pensamiento en razón del conocimiento de su entorno y de cuanto está contenido en él, es sobre todo un conocimiento pasional del hombre y su mundo, son aquellos viajeros que no dejan pasar desapercibido ningún detalle que pueda explicar el obrar del ser humano y su visión de la vida; son habitantes del Universo que viajan en el tiempo presente, pero reconocen su historia y a la vez premeditan el futuro; a esto es en definitiva, lo que tanto González como Todorov, llaman “El viaje interior” y que el primero es explícito en nombrar: “Estudiar al hombre y toda su obra y mundo interior desde el punto de vista del hambre, el amor y el miedo, es el único método científico”.

(González 1995: 55). Tres aspectos que corresponden directamente al sentir y al obrar humano.

Así pues, “el viaje no es más que un pretexto escogido por el autor para expresar sus opiniones” (Todorov, 1993: 98). Atendiendo a Todorov en relación con González, este último, escoge el viaje como un método para expresar sus contrariedades con el mundo en el que vive, desplazándose a otros contextos que aunque con ideologías similares, le permiten vagar en otras realidades internas como sujeto del pensamiento y del amor, pero externas al “Organismo ideológico impreso” (González, 1995: 3), es decir, ceñido a esas organizaciones preestablecidas por los entes políticos y religiosos, que han pretendido enmarcar al hombre y controlarlo según sus intereses manifestados en conciencias oscuras y reprimidas, sumergidas en las ideas del pecado, el demonio y el infierno, siendo éstos una amenaza directa de la que se debe huir.

Estas represiones sociales son las que no van al ritmo del escritor del “*Viaje a pie*”, ni se ajustan al ritmo vital del recorrido, un ritmo que atrae, que incita, que desea: “Necesitamos cuerpos, sobre todo cuerpos. Que no se tenga miedo al desnudo” (p.4). Es claro que “el brujo de Otraparte”, apelativo que él mismo se asignó prefiriéndolo al de filósofo, no le teme al demonio, es decir a ese cuerpo desnudo que lo conduce al infierno por el camino del pecado así como Adán comió de la manzana que Eva le ofreció y en ese momento se vio desnudo, es decir que fue desalojado del paraíso al dejarse seducir por la tentación; González, por el contrario “piensa que la naranja es una esfera de oro, y que para comérsela se tira la corteza dorada. ¡Aquella falda prensada!...” (p. 7).

Bella comparación para referirse directamente a la mujer como portadora de deseo, aquí la figura femenina juega un doble papel: el primero de demonio representado en la tentación; y el segundo, un cuerpo de ángel desnudo que permite seguir el ritmo del viaje. ¡Qué horrible es, durante algunos días, vivir!.. El único método para vivir que conserva la alegría, es vivir resistiendo al deseo que nos urge por el goce; vivir despacio, inervados”. (p.19).

Empieza a vislumbrarse en el relato de los viajeros, una inclinación bastante fervorosa por la figura femenina que se va desarrollando de manera específica a lo largo del camino, con pinceladas de erotismo, amor, belleza, formas que se mimetizan con la naturaleza,

relaciones femeninas equiparadas incluso con la misma vida, y en general, todas las ideas que se analizan durante el viaje, se comparan mediante el matiz de la f emina. De aquí entonces, que se proceda en este texto a desentrañar la complicidad existente entre lo femenino y lo erótico en la configuración del pensamiento del filósofo del amor.

Para ampliar esta idea de trascender un recorrido territorial a un viaje interior, es pertinente referirse al escritor español Rodrigo Castro Orellana (2008), quien se aproxima al tema de la filosofía del viajero:

Para viajar es preciso poner en riesgo la identidad. Sacudirse las raíces y permitirse ser de otra manera. Aquí no se trata, por tanto, de una filosofía encaminada al encuentro siempre postergado de esa verdad última de mí propio yo y que responde a los interrogantes quién soy o qué deseo. La filosofía del viajero, por el contrario, reivindica el extravío y la voluntad del individuo que resiste, luchando por dejar de ser aquello que se nos impone que seamos. (p.7).

Ciertamente González es un filósofo que emprende un viaje hacia el reencuentro con su propio universo, el de las ideas originales, el viaje en sí mismo es una lucha por dejar aquello que se nos impone que seamos según Castro, y que el amante de las ideas defiende con convicción desde que en su peregrinar se dedica a observar y a reflexionar sobre todo lo que acontece a su paso, trasciende cada palabra que escucha, se detiene en cada encuentro con los viajeros del mundo, es un místico de la observación y detecta con ojo de espía todo aquello que aqueja al hombre, el *Viaje a pie* es un compendio de los problemas que atraviesa el hombre en toda su vida, se habla de la pobreza, la tentación, la belleza, el amor, la religión, los poderes políticos y demás asuntos que preocupan al ser humano; o como lo denominó Baldomero Sanín Cano (2013): “En ese viaje a pie, Fernando González estudi  en sí mismo y en las gentes del tránsito la deformación operada en el cuerpo, en el espíritu de los colombianos, en las formas sociales, en las nociones más importantes como el amor, la justicia y el arte”. El caminante siendo un excelente observador escudriña cuidadosamente todo cuanto se encuentra, pues de all  afloran las ideas que son objeto de reflexión y de crítica durante todo el viaje.

No en vano, Gonzalo Arango (1967) en el prólogo que prepara para este relato, define que “*Viaje a pie* es eso: una excitación y un camino; un camino del laberinto que conduce al conocimiento de este misterio que es el hombre, el ser que ha explicado todo, menos a sí mismo”. Y quizás sea esta explicación de sí mismo la que busque González en este viaje interior.

Profundizando en este trance de un viaje a pie hacia un viaje interior, es infaltable la reflexión que aborda el investigador Efrén Giraldo en donde afirma que

En *Viaje a pie*, coinciden la reflexión sobre la cultura colombiana y antioqueña, la influencia eclesiástica, el porvenir de los jóvenes y la naturaleza, mientras desfilan cosas, aposentos y personas que hacen contrapunto a las meditaciones. El viaje al corazón de los problemas conceptuales encuentra eco en el desplazamiento por las montañas andinas, mientras el hallazgo de ideas y conceptos para el pensar filosófico y el obrar político halla correlato en plantas, personas y objetos encontrados a lo largo del recorrido. (2012: 53)

Giraldo sella la idea del viaje interior: “El viaje al corazón de los problemas conceptuales” que está en una posición delantera frente al hecho de caminar; el viaje es, ante todo, parte del pensamiento filosófico propio del viajero, le da un orden a las ideas, las vuelve en cierta medida verificables al equipararlas con la realidad física del viaje, pues los pensamientos son el fruto recogido de la experiencia vital.

1.2 A manera de historia:

Desde una contextualización más cercana en cuanto al tiempo y al entorno en el que se realizó el viaje, se entiende que el desplazarse, significa por un lado, zafarse del dominio de un pueblo que ha aceptado y adoptado la corrupción de sus gobernantes, cita González que “En Colombia, desde 1886 no se sabe qué sea alegría fisiológica; se ignora qué es eurytmia...” (González, 1995:4). Las posibilidades mentales del pueblo no comprenden que se les ha privado del goce y del disfrute de su cuerpo, que no encuentran el equilibrio entre la armonía y la belleza, que se les prohíbe expresar los estados de ánimo y por ello su

comunicación con el mundo es limitada o casi ausente, esto es a lo que se refiere González al atreverse a decir que “El ignorante se aburre en los caminos...su alma está encerrada en la carne”. (p.6).

Por otro lado, los viajeros son también filósofos, llevan el equipaje de la sabiduría que les permite entrar en comunicación con el mundo y entenderlo, lo relevante no es sólo el acto de andar, sino de abrir ventanas para contemplar el mundo, son hombres de ideas generales, gozan de todos los aspectos (p.6), estos son motivos propios para emprender un viaje a pie.

Desde esta perspectiva de viaje, cabe preguntarse entonces. ¿Por qué don Fernando González incluye en su diario de andante el año de 1886? El escritor conocía bien su Patria y los acontecimientos significativos de su historia, y en 1886 se modificó en Colombia la Constitución Política; a pesar de esta reforma, el país continuó con sus características tradicionales y un lentísimo desarrollo en los ámbitos económico, culturales, político, se favoreció el dominio de la religión católica en la que se confió la educación o más exactamente, como se denominó en aquella época, se le encargó la instrucción pública; además se mantuvo una marcada diferencia de intereses entre los partidos políticos dominantes: liberales y conservadores, que dieron lugar a la guerra civil recibiendo entre conflictos y enfrentamientos a un nuevo Siglo.

En este contexto histórico político, Fernando González no es ajeno a la situación que presenció y sintió en sus años juveniles, el protagonista del viaje a pie, antes de iniciar su recorrido, viajó por el caos de la ciudad e hizo parte de la instrucción impartida por la religión católica, fue sometido al régimen instalado por las políticas gubernamentales para la educación, y conducido al colegio de los jesuitas, un “organismo ideológico” (p.3) del que no quería hacer parte y del que sarcásticamente habla sin apuros: “Colombia es el país de las ideas generales...desde que la democracia inventó la educación pública, gratuita, ha llegado a ser espantosa la prostitución de las ideas generales...Aquí no hay ideas propias. Colombia es el comunismo ideológico” (p. 45- 46)

1.3 Viajar para pensar en libertad:

Siguiendo a Fernando González, el viajero que no es un biógrafo contando su experiencia de un recorrido, no es un narrador que quiere impresionar con sus descripciones, sino un filósofo, en este caso, que piensa desde una experiencia de libertad que referencia en el camino construyendo una narración personal e interior, y el viaje es el marco dentro del cual se ubica y se moviliza el narrador para limitar su discurso, dándole un espacio y un tiempo a su pensamiento acerca de lo observado, siendo esta observación, no necesariamente visual, sino desde la experiencia interior y de la desinhibición del deseo y la sensualidad que experimenta constantemente el autor, sentimientos que se cruzan con el ritmo que lleva el camino: “Cada individuo tiene su ritmo para caminar, para trabajar y para amar. Indudablemente cuando un hombre y una mujer se atraen, eso verifica sus ritmos; es porque unidos son importantísimos para la economía del universo” (González, 1995: 3).

Con este mismo propósito de libertad, se puede decir que el filósofo emprende el viaje, para liberarse de las ataduras que emergen en una cultura regida bajo los principios moralistas de una religión dominadora, y al mismo tiempo por la Retórica implantada desde el gobierno de turno, no quiere pertenecer al grupo de hombres que comparten esas ideas generales y prostitutas que están en boca de todos: “Habíamos principiado este diario: “sonaban en la vecina iglesia, melancólicamente, las cinco campanadas...”, y borramos eso porque eran reminiscencias del estilo jesuítico de nuestro maestro de retórica, el padre Urrutia” (p. 2). La libertad empieza en el hecho de que en sus libretas de apuntes no consignarán nada que tenga que ver con las costumbres que han vivido hasta el momento, que los aprietan, que amarran y limitan su pensamiento. Y continúan en su reflexión con una orientación original y segura: “¿Qué más propio del organismo humano que vivir al aire libre, respirarlo en toda su pureza, beber agua viva, comer los alimentos que nos ofrece la tierra, sin intervención del arte? Caminar es el gran placer para el cuerpo, pues todo está hecho para ello.” (p.14).

Desde la comprensión del límite, es relevante equiparar el camino con la misma vida, o más bien, darse cuenta de que la vida es un camino que conduce al entendimiento del

propio sujeto que camina incluso hacia la muerte, pues la vida es la entrada a la muerte; aunque el hombre intente desviar su camino, siempre regresa a él, “Amar y abandonar el camino ha sido toda nuestra vida. ¡Pero siempre hemos vuelto! (p.41).

Este abandonar el camino es comprendido como el salirse de los límites, de las máscaras que rigen la sociedad, de las leyes, es arriesgarse al sufrimiento y al abandono por parte del otro, es comprometerse a experimentar la soledad mundana para encontrarse consigo mismo, por esto, es que muy pocos se arriesgan a salirse de su camino, a deslimitarse, a pensar por sí solos, pues el camino ya está marcado desde el inicio de la vida de cada individuo; es la sociedad, quien establece los límites para poder pertenecer a ella; hay por lo tanto límites económicos, políticos, ideológicos, de poder, y límites tan peligrosos como la raza, la religión, el estatus social, la condición sexual, entre otros; que el hombre como sujeto inmerso en un mundo limitado, se ciñe o se adapta a los prototipos ya establecidos.

A partir de estos puntos de vista que expone el autor, es válido entonces, definir este relato como un viaje hacia la libertad, que sugiere una estrecha relación entre la infinitud del pensamiento filosófico y la descripción paisajística que lo rodea, evidenciando una misteriosa complejidad con la naturaleza, con el amor, con lo femenino, un cierto placer entre el viaje, el pensar y la materialización de las ideas, puesto que éstas se derivan del conocimiento de su tierra, de la gente y de los presupuestos de la sociedad.

En esta misma línea, se ubica el viaje de Fernando González como un pretexto o con más exactitud, un método para pensar, un artificio para dar forma a sus ideas especializadas: “a la media hora de caminar había nacido la idea de este libro” (p.3), en palabras de Nietzsche en *Ecce homo* (2008) : “Los pensamientos que caminan con pies de paloma dirigen el mundo”, quería pensar al aire libre, a la manera del creador de “Zaratusta” con su eterno retorno; sin embargo, Fernando González se opone al viajero que es observado, interrogado y descrito por el filósofo alemán:

Viajero, ¿quién eres? Te veo proseguir tu camino, sin sarcasmo y sin amor, con tu mirada indescifrable; te veo ahí, húmedo y triste, como la sonda que desde los

profundos abismos asciende insatisfecha a la luz. ¿Qué has ido a buscar a lo profundo?
(F. Nietzsche, Más allá del bien y del mal. P. 79, num. 278, Sección novena).

A la luz del viaje a pie realizado y narrado por el aficionado filósofo colombiano, se puede repetir la pregunta del reconocido filósofo europeo: “Viajero, ¿quién eres?” Y seguir esa observación con una profunda variable: “te veo proseguir tu camino, con sarcasmo y con amor, con tu mirada que refleja el ánimo; te veo ahí, brillante y feliz, como las olas de la mar que viajan hacia el infinito. ¿Qué has ido a buscar a lo profundo?”

Viajero, ¿quién eres? Es la pregunta que hace Nietzsche y que es también cuestión de Fernando González:

Pero, ¿qué son estos jóvenes viajeros? Somos querida lectora, (se refiere especialmente en femenino, a una lectora oculta que el escritor hace visible para simular el monólogo o desviar quizás una respuesta que se da a sí mismo) metafísicos, y algo poetas debido a la concreción y dureza de nuestras glándulas de treinta años. Quizá en la vejez no quede sino el metafísico. Pero ahora somos amantes aficionados a la filosofía. El amor es para nosotros lo que está detrás de las formas, la médula de lo fenoménico o, para decirlo en forma bárbara, el nómeno. (González, 2005:90).

Además de esta concreta respuesta que da el creador de *Viaje a pie* al interrogante que coincide con su contemporáneo filósofo alemán, se autodefine ampliamente a lo largo del libro que gestó durante su viaje: hombre de ideas generales, viajero con ánimo y método, entregado al amor de la juventud, noventa y nueve por ciento amante y el resto filósofo; y en el culmen de su viaje vuelve a la pregunta: “¿Qué somos? Bien en verdad somos lo fenoménico; somos la cara, los brazos, el tronco y las piernas”. (González, 1995:106).

No se puede obviar el gran interrogante de Nietzsche sobre el destino del viajero: ¿Qué has ido a buscar a lo profundo?

Es necesario aclarar en este punto qué es lo profundo para el escritor de *Otraparte* y así llegar a aquello que busca. En primera instancia, el viajero se aleja de la bulliciosa urbe y se adentra en lo profundo: el camino, los poblados, los personajes, los acontecimientos, todo aquello que hace parte de los lugares, de lo externo, lo observable, lo tangible, viaja para

contemplar el mundo y es aquí en donde trasciende lo otro que también es profundo: su pensamiento, o como él prefiere llamarlo, “sus ideas” es un filósofo aficionado y amante reconecedor de la belleza y de la intimidad femenina con sus ideas compañeras del viaje interior como se ha venido explicando.

2. El filósofo del amor en relación con lo femenino.

Siguiendo la pauta que nos da Nietzsche que interroga y define al viajero, sale al camino la premisa del amor adaptada a González: “Te veo proseguir tu camino, con sarcasmo y con amor”: Si el viajero de Nietzsche sigue el camino sin amor, González es totalmente la contraparte Nietscheniana, su felicidad y su alegría son antecedidas por el amor, “La perspectiva del amor es el encanto del viajero, el encanto de todo lo que vive, la ilusión de cuanto existe, del átomo hasta Dios. ¿Qué importa el objeto? Es una disculpa para poder amar” (p. 19-20).

Se hace aquí una acotación para llamar al viajero antioqueño “El filósofo del amor”, un filósofo que ama al viaje, a la filosofía, ama a su Patria, a las mujeres, a los cuerpos bellos, a la naturaleza, y de manera sublime, ama las ideas; González ha hecho del amor su aliado, quizás reconociendo la herencia de la filosofía clásica de Platón y Sócrates que en su Diálogo El Banquete, Sócrates habla a Fedro aludiendo al amor: “La naturaleza humana difícilmente encontraría un auxiliar más poderoso que el Amor...y que todo hombre lo debe honrar” (Azcárate, P. D. 1871:351).

De este modo, el filósofo de viaje a pie ha entendido que el amor es un concepto universal, comprendido en todo y en todos, sin importar el objeto, pues el amor es aquello que trasciende y mantiene unido al universo, y es que el verdadero amor del filósofo es amar la sabiduría y el conocimiento. Se evidencia que González, ama y desea a las ideas siempre entendidas en la corporeidad femenina:

“Venid vosotras, ¡oh, ideas de juventud y de vida, a alegrar a los abandonados de la alegría de sentirse tibios, pletóricos del jugo sagrado del árbol prohibido! ¡Venid, jóvenes ideas, retozonas como muchachas de falda corta!” (González, 2005:13).

Además de ser el filósofo del amor, Fernando González permite entrever un impulso pasional por lo femenino; en su discurso las formas son femeninas, las ideas son femeninas, esas muchachas jóvenes de falda corta que representan las ideas. Pareciese que en este punto del camino, el filósofo Suramericano hubiese recordado al antiguo filósofo griego Platón, y es que no está por demás nombrar la similitud de ambos, aunque con un gran abismo temporal, Platón discutía sus ideas a partir de los diálogos con Sócrates, y Fernando, compartía sus pensamientos con el también aficionado a las ideas, don Benjamín. El filósofo colombiano pensó en las ideas bellas y jóvenes mientras caminaba; el griego, en la escena del Banquete (o del amor) construyó las diferentes escalas de belleza que conducen al amor cimentado en la ciencia, especialmente la ciencia de lo bello. En estos términos que se extraen de los diálogos entre filósofos, González y Platón, son pensadores amantes de su ciencia, ambos son filósofos del amor y de las ideas en relación con lo femenino del conocimiento expresado en la belleza. La siguiente escena del Banquete, Diálogos de Platón (1871) nos amplía esta relación entre filósofos del amor, de lo bello y de lo femenino:

Porque el camino recto del amor, ya se guíe por sí mismo, ya sea guiado por otro, es comenzar por las bellezas inferiores y elevarse hasta la belleza suprema, pasando, por decirlo así, por todos los grados de la escala de un solo cuerpo bello a dos, de dos a todos los demás, de los bellos cuerpos a las bellas ocupaciones, de las bellas ocupaciones a las bellas ciencias, hasta que de ciencia en ciencia se llega a la ciencia por excelencia, que no es otra que la ciencia de lo bello mismo, y se concluye por conocerla tal como es en sí. (p. 350).

Con este banquete de belleza y amor que sirven Diotima y Sócrates en torno a la mesa de la ciencia de lo bello, es decir, las ideas, se alimentó Fernando González con una diferencia de veinticuatro siglos, pero con una cómplice cercanía en el pensamiento:

Esta serrana, vestida con un faldín prensado, en esa mañana de plenitud, nos trajo algunas emociones e ideas. Pensamos que la belleza es la gran ilusión...No queremos describirlo porque podrían acusarnos de corruptores de la juventud, como lo hicieron con el maestro Sócrates... (González 1995: 7).

El filósofo del amor ve en el cuerpo femenino la encarnación de las ideas, si la mujer inspira y representa la tentación y el deseo por la multiplicidad perfecta de sus formas que dan como resultado un cuerpo bello, simbólicamente son ellas, las féminas, las que trascienden a la belleza de la ciencia, es decir a las ideas, siendo éstas, sustantivos femeninos, el mapa que muestra la ruta por la que los filósofos caminan hacia el encuentro con las ideas, ellas son lo primordial, ideas bellas que al igual que las muchachas jóvenes habitantes de las sierras, seducen el pensamiento. Sigue González dejándose ver como el filósofo del amor que configura sus ideas en torno a lo femenino:

“Nosotros, siguiendo el ejemplo de los grandes amantes, no amamos sino una mujer en cada tiempo; nosotros, el joven pragmatista, siguiendo el ejemplo de los grandes pensadores, no pensamos sino en un problema a cada tiempo” (p. 2).

De nuevo se replica la idea de filósofo y amante, pensador de los problemas de la sociedad, de la época, de su Patria, es decir que es un pragmático, interesado por su tierra y en general por su mundo, pues las angustias de las cuales González se ocupa, aquejan a toda la humanidad. ¿Y en dónde se demuestra más pragmatismo que en el problema del amor? El filósofo del amor alterna su pensamiento con la acción exterior de amar a una mujer, es ella quien ha marcado su existencia en el viaje de la vida, caminando con tres mujeres que dejaron huella en su alma “la madre, la Hermana Belén, y tú, Margarita”. (p.28)

Está clara su relación con la figura femenina, la madre como símbolo de vida, desde la madre tierra, el principio del camino; la Hermana Belén su maestra que sigue guiándolo en la ruta del mundo; y finalmente, Margarita, la amada, la deseada, la mujer que le permite ajustarse a lo legítimo, la hembra que dirige el amor y en la que deposita todas sus pasiones, la que ha de servirle de almohada.

Desde esta perspectiva, es válido decir que la ruta de identificación del viaje sigue siendo la unión casi indisoluble entre el amor y el pensamiento, y es que como ya lo anotó Gonzalo Arango en el prólogo, “su pensamiento es más pasional que racional”... Es un pensador paradójico, inclasificable, individualista”.(1967). El filósofo viajero ha demostrado su pasión desde los primeros pasos ¿Qué es el ánimo sino la pasión con que se

actúa? Él mismo lo afirma poniéndolo en palabras de una mujer vieja que encuentra en el camino:

Todo depende del ánimo”... ¡Qué frase tan llena! Los que triunfan creen en sí mismos con una convicción jesuítica... Y es constante en el amor a sí mismo, como tu estúpido amante a ti, grácil Julia. Claro que ama su labor, pues si ama su persona, no se cansa de su trabajo. (González, 1995: 9).

Detrás de cada pensamiento hay una acción o una expresión erótica antecedida o precedida por la receptibilidad y la sensibilidad femenina. Julia, el simbolismo de la belleza y de la juventud, recibe al amante, es constante en su amor, sobre todo, es esa capaz de conservar el ánimo, de romper con las barreras que se han edificado tradicionalmente adoptando ante todo dos papeles, uno en las ópticas de la sociedad y el otro, en la literatura.

En cuanto lo social, la cultura la clasifica desde la procreación y la sumisión a lo masculino, bajo el sofisma¹ de mujer virtuosa sin derecho al goce y a la experiencia sensorial de su cuerpo, hace parte de la vida privada representada en la familia y al no tener palabra, no pertenece al mundo de lo público, siendo éstos, rezagos medievalistas.

Con respecto a la literatura, la mujer de finales del S. XIX y principios del S. XX, continúa desempeñando un papel de subordinación, un sujeto súbdito, manipulado, consagrado al hogar y sumiso a la figura masculina, lo vemos por ejemplo en Colombia con el escritor Jorge Isaac, en su obra cumbre “María”. Una novela de tinte masculino, en la que la mujer es sumisa totalmente a la orden varonil, reprime los deseos; aspecto que ilustra perfectamente Ana Chouciño Fernández² en su artículo «Los juegos de la ambigüedad en María de Jorge Isaacs» (2003).

Los mundos femenino y masculino se encuentran bien delimitados dentro de esa armonía que reina en la hacienda patriarcal: las mujeres circunscritas al espacio de la casa, al costurero-oratorio o cuarto de labores en el que cuelga un bello cuadro de la

¹ Argumento falso o capcioso que se pretende hacer pasar por verdadero.

² Doctora en Literatura Hispanoamericana. Licenciada en Filología Inglesa

Virgen; los hombres, que pocas veces acceden a ese ámbito, con espacio propio en la hacienda y la selva, donde se dedican a los negocios y a la caza. (p. 1).

Fernando González en su viaje, usa una estrategia liberadora para desmitificar aquella concepción del sujeto femenino adocinado para servir y mantener fidelidad a su marido, para satisfacer los deseos masculinos sin que ella tenga parte en el asunto más que prestarse como de objeto de placer. González opaca el lugar dominador masculino frente al poder que posee la mujer en cuanto a sujeto deseado “¡Cuán trágico en el amor el papel representado por el macho! Damos vueltas y revueltas alrededor de la amada. La hembra, quizás porque sólo es amada mientras es deseada, va alargando el asedio. (González, 1995:29).

Para ampliar estas visiones en las diferentes esferas de la mujer, se cita a López Yera, con su artículo *La configuración del sujeto femenino en la literatura de autoría masculina: aproximaciones desde el género*, que afirma:

La literatura escrita por hombres concibe positivamente lo erótico femenino cuando está en función de la reproducción ubicado en el círculo del matrimonio, mientras que el erotismo y la sexualidad dirigida al placer, sobre todo al placer de la mujer, es una trasgresión de lo que debe ser lo femenino. De esta manera , a la vez que el discurso masculino reduce a la mujer a puro cuerpo, le prohíbe ejercer y disfrutar sobre él, le es negado como parte de su desarrollo personal. (2014).

Las mujeres que aparecen durante el viaje son aquellas provocadoras hembras que arañan igual que el gato, las mujeres perfectas para Balzac en palabras de González (González, 1995:.29) que sienten, que provocan, que responden ante la incitación, que se atreven a pensar y a construirse ellas mismas mediante las ideas que le permiten la comprensión del universo. Este viaje se convierte entonces en cómplice de la construcción del pensamiento, o más bien, permite el encuentro con las ideas que asumen personificación en la figura femenina: “muchachas ramera...graciosas muchachas desvergonzadas, las ideas generales” (p.45). Y continúa la descripción en torno a la relación de complicidad de lo femenino con las ideas:

Llegaron las ideas generales a donde estábamos reclinados y formaron tal algarabía que nos hicieron levantar y despedirnos con estas palabras: “Oigan, señoras, y perdonen que las llamemos así; nosotros estamos hastiaos de ustedes; venimos desde muy lejos en busca de una idea nuestra, sólo nuestra, aunque sea por el espacio de diez segundos; vamos a recorrer la tierra en busca de una idea que no haya sido poseída por el doctor Emilio Robledo. La encontraremos en Manizales, o en Buenaventura, aunque sea una de esas ideas negras que hay allá. (p. 46).

Como Fernando González que encontró la ruta de su propio viaje, estas líneas, continúan hacia el encuentro de lo femenino y lo erótico en función del pensamiento, visto a través del lente espiritual de un filósofo del amor como se viene argumentando; es relevante, además, recodar que para Fernando González, lo femenino no se detiene en la concepción de la hembra, de la portadora del deseo, de esa que lo hace contener para no detenerse en su viaje; lo femenino para el hombre que va despacio, inervado, reflexivo, es inclusive la misma vida, desde su identificación sustantiva “vida” y todo cuanto en ella se contiene: la naturaleza, la mar, las pasiones y sobre todo con la gran trascendencia que en lo femenino se resumen “las ideas” esas “muchachas de falda corta” por quienes ha salido al encuentro. En este sentido, el autor del relato de viaje no escatima palabras en su escrito para referirse directamente a lo que contiene la esencia de su existir:

“Aquí nos tienes, VIDA, DIOSA DE LOS OJOS MALICIOSOS, tranquilos sentados sobre esta dura piedra, seguros de tu amor” (p. 31)

La referencia de lo femenino como puede observarse, es una simulación de la misma vida, la idea de mujer en sus diferentes facetas es un signo escritural, una marca que se encuentra en casi todas las páginas del relato y que sin lugar a dudas atraviesa de manera autónoma cada uno de los asuntos en los que se ocupa el filósofo viajero.

La figura femenina no se refiere someramente al concepto de feminismo, es una especie de conjugación que se hace entre la vida, la naturaleza y la pasión representada en las ideas, en cuanto que el pensamiento es el receptor de las ideas; y la mujer a través de los sentidos recibe o más bien, percibe los deseos intuitivos del viajero, y dice el viajero: “Hemos encontrado, hemos vivido la definición de lo femenino: existe cuando el placer está en recibir” (p. 98), ella está dotada de capacidades o virtudes para sentir, es totalmente

sensorial, permite a través del tacto y de su piel experimentar lo oculto del universo: “el resto de la piel es femenino, pasivo, en la sensibilidad”. (p. 98) Lo femenino es eso que tropieza con la ciencia y la razón y que une a Fernando González con la intimidad del viaje y de todo cuanto experimenta, tanto los ojos como el pensamiento del viajero pareciese que estuvieran fijos en lo femenino del mundo que lo circunda, y es que el mundo es sentidos, experiencia, ánimo, pasión, ritmo. El viajero es enfático en este asunto de la sensibilidad de la mujer:

¡La mano! ¡Qué universo tan inmenso de consecuencias fue el invento de la mano!...Las yemas de los dedos calculan la resistencia, el calor, las curvas...y antes de ellas el amor no era el amor: era un momentáneo acto de fieras. ¡Las mandíbulas! No; los dedos fueron inventores y son los depositarios del amor. Pensad en la mano larga, estrecha y sensitiva, en la mano de la mujer. (p. 57)

3. La complicidad de lo erótico en el viaje del amor y las ideas.

El relato de viaje de Fernando González ha sido interpretado de múltiples formas, los investigadores han escudriñado lo más recóndito de sus ideas en cuanto lo que tiene que ver con los problemas que han aquejado a la humanidad en todos los tiempos, y que el filósofo viajero los actualiza en su obra; no obstante, el tema del erotismo³ se ha echado de menos en dichos análisis, pues se puede pensar que los investigadores, literatos y críticos académicos lo han considerado hasta el momento un tema de segundo plano, por salirse de los límites aceptados y reconocidos por las representaciones moralistas, distorsionando el verdadero sentido de la ética. Lo erótico entonces, parece ser un asunto falto de dignidad que se relaciona directamente con el concepto sexual y sin que sea meritorio dedicarse a su reflexión como una experiencia significativa del viaje y aún más, como un sinónimo del sentido, del amor y del ánimo que coayuda al tránsito por la vida pasando de un erotismo genital a un erotismo casi espiritual en el que González encuentra la manera de describir la vida:

³ Desde la etimología de la palabra, erótico viene del griego erótico. Eros es el dios del amor griego, conocido como Cupido por los romanos. El sufijo ika, significa “relacionado con”, entonces significa erótico significa “relacionado con Cupido”.

Vivimos buscando el goce. La quintaesencia de la vida es moverse en busca del placer propio a cada uno. La vida puede definirse así: movimiento en busca de placer. Es movimiento en busca de lo que nos falta; es la tendencia de lo imperfecto hacia lo perfecto. (p.74).

De aquí, la relevancia de dar luz al asunto de lo erótico, como punto clave en la construcción de las ideas que fortalecen el viaje interior del filósofo del amor. Empecemos entonces con las consideraciones del término y su devenir a través de la historia:

En el transcurrir del tiempo, se ha reconocido que las culturas orientales consideran el erotismo como una expresión vital, artística, científica o religiosa, mientras que para los pueblos judeocristianos se trata de lo que es prohibido y pecaminoso. La mitología griega, centra su atención en Eros como el dios de la fertilidad, del impulso del amor, la atracción sexual y el sexo referente a los hombres hacia las mujeres, en tanto que el amor de las mujeres hacia los hombres es presidido por Afrodita. En la mitología romana, se reconoce a Cupido como el dios del deseo amoroso hijo de Venus diosa equivalente a Afrodita.

Fernando González en su viaje se apropia de estas dos concepciones; con respecto a la primera, el viajero pertenece a la cultura judeocristiana, y ha sido objeto de la educación pública dominada por la religión, habla en el país del clero y acomoda su discurso a éste “Desde el principio dijimos que cada individuo tiene su ritmo para todo, hasta para pecar. ¡Fue el diablo, sólo pudo ser Satanás quien enseñó el ritmo de amor a aquella muchacha de Cali! (p. 89).

Pero aludiendo a su carácter liberador formado a través de su conciencia de metafísico y filósofo del amor, echa mano de las concepciones que han revelado los griegos a través de los siglos desde el nacimiento de Afrodita. “Es afrodita quien está en todas la burbujas del mar de la existencia, y es ella quien las forma” (p. 91), y continúa: “Entonces tú Afrodita, libranos de la carne dura, de la carne inmunda y vuélvenos a tu esencia” (p.93).

El filósofo del amor acude a la cumbre de la expresión amorosa, el erotismo abordado desde Afrodita, la diosa del amor, no se resigna a ver en la mujer un referente que divaga entre el pecado y la carne en cuanto que es portadora del deseo, sino que estando en el límite del horizonte, da un salto que hace dispersar la discusión acerca del disfrute sexual

de las mujeres con las que se encuentra en el viaje, ellas desde una mirada externa, seguirán siendo objetos de deseo, y el erotismo como expresión de sensualidad, no será más que una actitud de búsqueda del placer a través de los sentidos.

En esta parte del artículo, se alude pues, al erotismo de las ideas y no al erotismo de los cuerpos, aunque los protagonistas lo demuestren a flor de piel cada vez que se encuentran frente a una mujer que les despierta sus pasiones: “Vive allí una muchacha...que despertó los impulsos de don Benjamín...en donde vive el diablo, tiene el amor ese interés misterioso que le dan el pecado, el diablo y el infierno... Fueron amores en que sólo hubo incitación” (p.17).

Contrario a estas citas que aluden a ideales del cristianismo, Fernando es un hombre apasionado, salido de los encuadres religiosos y morales y creador de sus propios conceptos, de esta manera su visión de la figura femenina no está enfocada en la representación demoníaca ni maternal, ni de castidad, más bien mantiene una óptica realista en la que dice de manera espontánea y abierta que “el pudor femenino está en los oídos” (p.80), la mujer es demasiado auditiva, presta a escuchar, y adicional a esto, es incapaz de decir sí, a lo que se entiende el no como una afirmación. Esto es entendido desde una vida sumergida en el erotismo de un hombre que en palabras de Eduardo Escobar⁴ que habla sobre Fernando González: “Era un enamorado de lo que llamó la muchacha. Las muchachas lo enloquecían...daba su reino por una muchacha...ojalá de catorce años” (2013). En lo que da a entender que el filósofo se debate entre el deseo carnal y el hombre espiritual” y una vez más él lo reitera en su obra: ¡Qué aridez nuestras vidas dentro de sus límites de los caminos y de la piel! (p. 41).

El brujo de Otraparte ha sobrepasado todos los organismos ideológicos impresos en la cultura y en los contextos que intentan condenar al hombre especialmente “con el máximo enemigo que es la carne; el diablo se presenta en las suaves curvas de la carne, ¿Qué es el mundo sino la mujer? (p.49). Esa mujer deseada que mueve todo ánimo erótico con esas miradas amorosas, esa carne que se vuelve penitencia para los viajeros, “A la sobrina le brillaron más, húmedos, los ojos. (González, 1995:49).

⁴ Poeta, periodista y escritor colombiano, cofundador del movimiento literario Nadaísta.

Dentro de la tímida bibliografía crítica encontrada con respecto al tema del erotismo en Fernando González, se encuentra Pedro Antonio Rojas Valencia⁵, a quien viene bien citar en este cautivador tema:

Así caminó Fernando de *viaje a pie*, por la tierra y por el cuerpo femenino, con una sonrisa, con los pies y las manos hambrientas de “infinito”. Pero ¿cómo es posible que ansíe lo infinito y al mismo tiempo el cuerpo de las muchachas? (2013)

Según Rojas P. “para González el cuerpo femenino y lo infinito no son algo distinto, “la sensualidad para el escritor antioqueño era equivalente a lo inabarcable, a lo inasible, a lo infinito” (2013). ¿Y qué es aquello inabarcable e infinito sino lo que corresponde a lo erótico? Eso que trasciende las formas y se ubica en el límite de la existencia, lo que González define como el ánimo para caminar, es el mismo ánimo que se necesita para vivir, para llegar al éxtasis, es la misma felicidad por la que el hombre está sediento; visto así, el erotismo que siente el viajero de a pie es del espíritu, manifestado en el encuentro real con sus ideas.

Para Rojas P. “el erotismo ocupa un lugar importantísimo en Fernando González, pero no entendido como la reducción de sus pensamientos a la trivialidad de una sexualidad mecánica, para él la mujer no era un trofeo, sino un imposible. Fernando no deseaba nada que no implicara una batalla, no deseaba a nadie que no le ofreciera una infinita resistencia”. Aspecto que refiere González directamente y que en la cita alude a su propia persona como metafísico: “El amor de la mujer era para el luchador fuerte, para el guerrero adornado de plumas; después, para el hombre rico y hábil y para el metafísico que conoce los misterios de ultratumba”

Siguiendo el orden de lo erótico, se tiene en cuenta que el encuentro con las mujeres y sus excitaciones masculinas, son una táctica o un método que utiliza el viajero para exaltar ese encuentro íntimo con las ideas y trascender de lo que es sólo cuerpo, a aquello que tiene formas interiores, para esto, el filósofo del amor invoca a Venus, el femenino por excelencia del amor: ¡Oh, señora Venus, todas cuyas gracias se formaron de las espumas

⁵ Catedrático Universidades del Quindío y de Caldas. Magíster en Estética y creación.

del mar en las riberas de Chipre, ayúdanos, que vamos a exponer nuestra metafísica, que es el amor!...” (p. 90)

Con esta intervención que hace Fernando González en un punto ya avanzado del viaje, desnuda su pensamiento, muestra que la verdadera razón de estar en el camino es exponer la metafísica del amor, entendido este amor no como el que profesan una pareja de amantes, sino en relación a dos aficionados a la filosofía que aman a la mujer, a los amigos y a la Patria, lo que le da un tinte existencialista, no sólo busca su propia satisfacción, sino que se interesa por la existencia y la continuidad del otro y de lo otro que está externo a sí.

Continuando con el concepto de metafísica como un punto crucial en *el Viaje a pie*, es oportuno mencionar la idea de St. Jacques, Claude, en su artículo *Metafísica del amor y existencialismo. El Viaje a pie de Fernando González*. En el que se arriesga a decir que “la metafísica del amor de González posee una estructura de pensamiento, una organización conceptual” (p. 36)

La estructura del pensamiento de la que habla St. Jacques, Claude y que está en la dirección de los diferentes temas expuestos en el relato de viaje, relacionados con la organización de la sociedad y los problemas del hombre, son traspasados por la figura femenina, la figura del deseo,” ¡Todo viene de ellas! El amor a todo, dinero, amigos, patria, gloria y hembras... (González: 84); Y ¿quiénes son ellas? Es el discurso femenino que usa González, lo femenino que trasciende, que engendra, que permite el deseo. ¿Qué clase de deseo? “Nosotros te amamos porque somos los sensuales”... ¿No te han tocado, Julia, nuestros ojos, cuando miraban tu cuerpo vibrante? Tus senos, como medios limones, ¿no has percibido que nuestros ojos eran palpos? (p. 85)

Por último, no queda más que decir que en el reencuentro con esas ¡Pobres muchachas traviesas! (97), es decir las ideas postuladas desde el paisaje y el pensamiento filosófico que logra el autor en su *Viaje a pie*, pretende que sus lectores seamos partícipes de su experiencia, construyendo nuestras propias ideas mediante una nueva visión de mundo, de sociedad, de sentido de la propia vida, que logremos la transformación interior, “sin aspirar ser otros, siendo lo que somos enérgicamente” (p. 89).

A manera de conclusión

El protagonista y autor del *Viaje a pie*, logra trascender un camino que ha trazado la humanidad en torno a sus expectativas materiales y que está dentro de los límites de la ruta de la vida cotidiana, en la que se propende por la satisfacción de las necesidades del cuerpo. “El hombre primitivo no comprende sino los actos cuyo fin es cumplir sus necesidades fisiológicas”. (p.5). Contrario a estos hombres, los dos viajeros aficionados a la filosofía y al amor, encuentran en el viaje la oportunidad para adentrarse en su propio interior, y caminar inervados en la reflexión de todos los asuntos que son objeto de preocupación del hombre, y que por lo tanto hacen parte de sus intereses transformadores de ideas, de paradigmas, de esclavitudes y de miradas homogéneas que encuadran el mundo de cada individuo.

En la escritura del relato, se demuestra que en el viaje lograron sus propósitos: “El gran efecto del excursionismo es formar caracteres atrevidos. Que el joven se acostumbre a obrar por la satisfacción del triunfo sobre el obstáculo, por el sentimiento de plenitud de vida y de dominio”. (P.4-5). Queda demostrado finalmente que éste es un viaje interior por el Universo ideológico de Fernando González, que lo proyecta desde la realidad humana de su época teniendo la capacidad de adelantarse a las realidades futuras, y por ende, casi un siglo después de su escritura, la obra se sigue actualizando en el mundo presente por medio de sus lectores, analistas y críticos.

El viaje es además, una manera liberadora del espíritu y del pensamiento, una forma de construir las nuevas concepciones de mundo, de Patria, de ser humano; es también un medio en el que los protagonistas yendo ligeros de equipaje, adoptan el amor como método de vida que permite el reencuentro con su interior, es decir, con su propia experiencia.

Otra idea que aflora de manera relevante después de este recorrido de viaje y pensamiento, es la consideración del erotismo como cómplice y formador de las ideas, el metafísico tiene como espada al amor a la vez que es su defendido, así entonces, erotismo, feminidad y amor se encuentran en un todo que son las ideas, esas ideas especializadas de las que González salió al encuentro y hasta hoy siguen siendo nuestras como Julia, las hemos olido, visto y sentido, así como los filósofos que al finalizar el viaje sintieron la

satisfacción de estar en la mar: “Una mar femenina” (p.116), femenina como Margarita, mujer cercana, lectora, con ojos celestiales, mujer múltiple, mujer testigo del intenso amor que le profesa a su tierra colombiana prueba de un ser existencialista.

González echa mano de la mujer para acompañar su viaje, la pone en un lugar protagónico, no concibe el camino sin ella, es la que lo hace sentir, excitar, dar forma a las ideas, la belleza de la mujer es equiparada a la belleza del paisaje, es lo natural, la que inspira, la que marca el ritmo. El filósofo colombiano da vida a la presencia femenina aunque en el mundo según f. Nietzsche,

Las mujeres han sido tratadas hasta ahora por los varones como pájaros que, desde una altura cualquiera, han caído desorientados hasta ellos: como algo más fino, más frágil, más salvaje, más prodigioso, más dulce, más lleno de alma, - como algo que hay que encerrar para que no se escape volando. (Más allá del bien y del mal. (s.f) p. 60, num. 237, Sección séptima).

Por fortuna, la figura femenina ha logrado zafarse de esas ataduras políticas trazadas por los ideales masculinos, ha seguido posesionándose en la cultura; en la actualidad es objeto de numerosos estudios encaminados a la revelación de su identidad en la globalización, es invitada a pertenecer a una sociedad con derechos, con libertad y sobre todo con palabra. De estos asuntos de lo femenino, se ha encargado en las últimas décadas, la filósofa e investigadora L. Irigaray⁶, quien refiriéndose a la mujer, se atreve a decir que “quizá nuestra época ya no es la de un sujeto que restituye en solitario el mundo”. (Ética de la diferencia sexual, 2010: 151).

Para terminar, es preciso dejar en un punto relevante la configuración de lo femenino que desde sus diferentes facetas como el amor y el erotismo, permitieron trazar la ruta del viaje y hacer parte trascendental del equipaje de regreso con las ideas que los caminantes dejaron a sus lectores.

⁶ Luce Irigaray: (Bélgica, 1932). Es una de las mayores exponentes del movimiento filosófico feminista francés contemporáneo.

Referencias

1. Arango, G. (1967). *Viaje a pie. (Presentación)*. Bogotá: Tercer Mundo Editores.
2. Azcárate, P. D. (1871). *Obras completas de Platón, puestas en lengua castellana por primera vez por D. Patricio de Azcarate*.
3. Escobar, E. Eduardo Escobar habla sobre Fernando González. Traducción de María Dolores Jaramillo. *Revista Aleph (Manizales)* Volúmen 47, Número 166, Julio-Septiembre 2013: 15-33.
4. Fernández, A. G. C. Los juegos de la ambigüedad en María de Jorge Isaacs. *La imagen masculina en la novela de sensibilidad hispanoamericana*, Xalapa: Universidad Veracruzana, 2003: 79-102
5. Giraldo, E. (2012). Autorretrato y viaje interior en el ensayo literario colombiano del siglo XX: Fernando González y Hernando Téllez. *Perífrasis*, 3(5), 49-64.
6. González, F. (1935). *Cartas a Estanislao*. Arturo Zapata. (PDF) Otraparte.org.
7. González, F. (1995). *Viaje a pie de dos filósofos aficionados*. Medellín, Universidad de Antioquia/*Señas de identidad*.
8. López, Y. La configuración del sujeto femenino en la literatura de autoría masculina: *aproximaciones desde el género*. *Revista Islas*, Vol. 13, N° 176, Mayo-Agosto de 2014: 48-61. Cuba.
9. Irigaray, L. (2010). *Ética de la diferencia sexual*. ElagoEdiciones.
10. Nietzsche, F. (1992). *Así habló Zaratustra*. Madrid, Alianza.
11. Nietzsche, F. (2008). *Ecce homo*. Madrid, Mesetas Ediciones.
12. Nietzsche, F. (s.f). Más allá del bien y del mal. Disponible en: <http://www.edu.mec.gub.uy/.../Nietzsche%20Mas%20alla%20del%20bien%20y%20del%20mal>.
13. Orellana, R. C. (2008). Filósofos y viajeros. El pensamiento como extravío. *Astrolabio: revista internacional de filosofía*, (6), 1-12.

14. Rojas V. P. (2013). Fernando González y su viaje a pie. Revista Aleph. N.166, julio-septiembre. Manizales.
15. Sanín C. B. (2013) Viaje a pie de Fernando González. Revista Aleph. N.166, julio-septiembre. Manizales.
16. Santos M. E. (Abril de 2004). El siglo XX colombiano. *Revista Credencial Historia*. Edición 172. Bogotá Colombia.
17. St. Jacques, C; Hernández E. (Oct.-Dic. 2014). Traducción de Rosa María: Metafísica del amor y existencialismo. El Viaje a pie de Fernando González. Revista Universidad de Antioquia (Medellín) No. 318: 34-40.
18. Todorov, T. (1993). Las morales de la historia. Barcelona, Paidós.